



Seducid♥ por
Valentina

Adrian Blake



Seducido♥ *por*♥
Valentina

Adrian Blake



El contenido de este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del titular del copyright. Así mismo, queda prohibida su incorporación a cualquier sistema informático, ya sea por copia, transcripción o donación. Todos los derechos reservados.

Primera edición: Febrero 2019

Título original: Seducido por Valentina

Adrian Blake© 2019

Diseño de Portada: Gema Millanes

Maquetación: Gema Millanes

Imágenes de portada: Shutterstock

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1

Jueves catorce de febrero, siete y diez de la tarde. Los *Tigers* de Detroit contra los de casa, los *Red Sox* de Boston. El *Fenway* está a rebosar, las entradas se agotaron hace meses, pero yo tengo el privilegio de poder ver todos los partidos que quiera sin preocuparme por eso, porque trabajo aquí como guardia de seguridad.

Observo a las parejas dedicarse arrumacos mientras espero que empiece el partido. ¿Por qué los tíos somos así de gilipollas? Vamos de duros por la vida y después se nos cae la polla cuando una mujer nos da su regalo de San Valentín.

Veo aparecer a mi primo Eros con su novia y me acerco a ellos con paso decidido. La última vez que vinieron al estadio casi me cuesta el empleo, porque no tuvieron otra idea que colarse bajo las gradas para echar un polvo en pleno partido de los *Red Sox*.

—Nada de exhibicionismo esta vez, Eros —le advierto—. Y felicidades en tu maravilloso día.

A mi primo le jode el día de San Valentín como el que más porque todos nos burlamos de él por llamarse como el adorable angelito en pañales, y en vez de contestarme me saca el dedo y sigue mirando su móvil.

—Hola preciosa —digo besando a su chica.

—Hola campeón —ronronea ella—. Te prometo que esta vez solo venimos a ver el partido.

La miro con una ceja arqueada y tras una sonrisa ella se besa los dedos

cruzados.

—Palabrita de niña buena —contesta, haciéndome reír a carcajadas.

—Tú no has sido buena en tu puñetera vida, Robin —contesto—. ¿Dónde están vuestros asientos?

—Tercera fila, asientos treinta y siete y treinta y ocho —contesta mi primo.

—¿Tercera fila? —silbo— ¿Te ha tocado la lotería o qué?

—No, la decana intenta hacerme la pelota por haber vuelto a incumplir su promesa de reformar mi laboratorio —responde él con un bufido—. De no ser porque gracias a ella conocí a esta preciosidad verías tú dónde iba a mandar yo a la universidad.

Mis primos se van y me apoyo en la barandilla a seguir viendo el partido. Lo ideal sería verlo sentado en primera fila con una cerveza y un bocadillo, pero a falta de pan...

De pronto veo que todas las cabezas siguen la trayectoria de la pelota... hasta mi puta frente. Siento el golpe justo un segundo antes de verlo todo negro y caer redondo al suelo. No quiero abrir los ojos porque el dolor de cabeza me está matando. Me paso la mano por la frente y siento un bulto del tamaño de la jodida pelota de beisbol en mitad de la frente, y el simple roce me hace jadear.

—Bien, ya has despertado —dice la voz de una mujer.

Abro los ojos para ver quién es la dueña de esa voz tan jodidamente sexy para descubrir que ya no estoy tirado en las escaleras del estadio, sino en una superficie blanda. Sobre mí veo las luces de la enfermería y el olor a antiséptico inunda mi nariz. ¿Cuánto tiempo llevo inconsciente?

—Te has desmayado hace diez minutos —explica de nuevo la voz como si hubiera leído mis pensamientos.

Vuelvo la cabeza a pesar del dolor para encontrarme con un precioso y redondeado culo femenino cubierto por unos vaqueros ajustados. Empiezo a babear mientras subo la mirada por su espalda cubierta de una melena rizada

color chocolate y vuelvo a bajarla de nuevo hasta ese delicioso culo respingón.

—Guau —susurro.

Ella se vuelve mirándome con una ceja arqueada y me pilla *in fraganti* admirando la obra de arte que tiene por retaguardia.

—No debes estar demasiado mal cuando me estás mirando el culo con tanto interés —protesta.

Levanto la vista... y adiós a mi inteligencia. ¡Joder, qué buena está! Reconozco que Robin es un pivón, pero esta mujer se lleva la palma. Sus pechos amenazan con escapar del escote de la camiseta que lleva puesta y deja al aire su ombligo. La tía está para comérsela, y por si fuera poco tiene una cara que no me importaría mirar durante toda la noche mientras me la follo. Porque me la pienso follar aunque sea lo último que haga.

—Lo siento —me disculpo—, debe ser el golpe.

—Te ha dado de lleno en toda la frente —dice ella—. Vas a lucir un enorme chichón durante un tiempo.

—Disculpa, pero ¿tú quién eres? —pregunto, porque no la he visto en mi vida.

—Soy la médica sustituta de los Sox.

—Muy bien, médica sustituta de los Sox —contesto levantándome—, debo volver al trabajo.

En cuanto me siento en la camilla me doy cuenta de que ha sido una idea horrible. Todo empieza a darme vueltas y termino vomitando en la papelera que hay a mi lado.

—¡Uou, campeón! —exclama ella viniendo a ayudarme a tumbarme de nuevo— No tan rápido. Has tenido una conmoción y debes estar veinticuatro horas en observación.

—Siempre que quien me vigile seas tú...

—Vas mejorando, esas tonterías de macho alfa lo demuestran.

Un momento, ¿me está vacilando? La observo mientras sigue con lo que

quiera que esté haciendo en el mostrador que tiene enfrente. No sé qué coño me está pasando, pero en lo único en lo que puedo pensar es en tenerla desnuda en mi puñetera cama de dos metros.

—¿Tienes nombre, médica de los *Sox*? —pregunto.

—Todo el mundo tiene uno.

Así que quieres ponérmelo difícil... Mucho mejor, muñeca, me encanta esforzarme para lograr mis objetivos.

—¿Y vas a decirme el tuyo? —pregunto al ver que no contesta.

Ella se vuelve, apoya el culo sobre la encimera y cruza los brazos.

—Valentina —contesta—, y como se te ocurra hacer una sola broma al respecto te doy un puñetazo encima del chichón.

La miro con los ojos como platos y estallo en carcajadas. No puede ser verdad... ¿en serio? Veo que se acerca a mí con paso decidido y me da un golpe en mitad de la frente con la mano abierta que me hace aullar.

—¡Joder! —protesto— ¡No he hecho ninguna broma!

—Te has reído, que viene a ser lo mismo.

—No me he reído por tu nombre... bueno sí, pero no por lo que piensas.

—Ya, claro... seguro.

—¡En serio! Me río porque mi primo se llama Eros.

—¿Te estás quedando conmigo?

—Si no me crees, llama a Eros Montgomery por megafonía y verás.

Ella me mira sin confiar demasiado en mi palabra y coge el micrófono.

—Atención, señor Eros Montgomery, acuda a enfermería, por favor — llama sin mucha convicción.

Me siento en la camilla y la miro con una ceja arqueada cuando mi primo entra a toda prisa por la puerta apenas un par de minutos después.

—¿Mi primo está bien? —pregunta Eros— He visto el golpe en la pantalla y...

—Te lo dije —digo a Valentina sin prestarle la menor atención a mi primo—, así que me debes una disculpa.

—¿Te parece gracioso, capullo? —protesta Eros dándome un puñetazo en el hombro— ¡Me has asustado, joder!

—Eros, te presento a la doctora Valentina —respondo.

—Lo siento —dice mi primo tendiéndole la mano.

—Yo también.

Les miro en ese momento fugaz de entendimiento mutuo y siento un leve escozor de celos en el estómago, lo cual es ridículo porque mi primo está enamorado de su novia hasta la médula y además yo soy más guapo que él.

—Vale, Eros... —digo haciendo aspavientos con las manos— Estoy bien, gracias por preocuparte. Ahora largo.

Mi primo me mira con una ceja arqueada y sonrío al comprender lo que intento decirle.

—Vale, te espero fuera para llevarte a casa —contesta saliendo.

—¿Qué le pasa? —escucho la voz de Robin.

—Nada, cariño, el cabrón está perfectamente.

—¿Pero entonces...

Se pierde su conversación y me quedo mirando a Valentina esperando una disculpa que no llega.

—¿No vas a disculparte? —pregunto.

—No.

—¿En serio?

—Tal vez no te la hayas ganado por reírte de mi nombre, pero desde luego sí por no dejar de mirarme el culo y las tetas.

—¿Qué culpa tendré yo de que estés tan jodidamente buena?

—De eso la tiene mi madre, pero de ser un degenerado la culpa es solo tuya.

—No soy un degenerado, preciosa —susurró acercándome a ella y pegando mi cuerpo a su espalda para dejarla inmóvil contra el mueble— lo único que pasa que eres deliciosa y me muero por probarte.

Capítulo 2

Valentina se retuerce hasta quedar de cara a mí, juguetea con sus dedos sobre mi pecho y me mira con una ceja arqueada.

—Así que soy deliciosa... —ronronea— Pero si no me has probado, campeón.

¡Joder! Me está poniendo a mil por hora y solo ha dicho una puñetera frase.

—No me hace falta hacerlo —contesto introduciendo mis dedos entre su pelo para soltarlo de la coleta—. Seguro que sabes a fresa.

—¿Y a qué sabes tú?

—A lo que tú quieras que sepa.

No tengo tiempo ni ganas de seguir dándole vueltas al asunto, así que la sujeto del pelo para besarla de una puta vez. No sabe a fresa, sino a menta fresca, y en cuanto hundo mi lengua entre sus labios un gemido escapa de su garganta. Valentina pasa los brazos por debajo de los míos y abre las manos sobre mi espalda, apretándome contra ella. Mi polla ya está a punto de reventar mis pantalones y necesita que me entierre de una vez en ella. La levanto del suelo y ella enreda las piernas en mi cintura, logrando que mi verga se apoye justo en el vértice de su sexo, cubierto solo por unas finas mallas de deporte.

Estoy cachondo perdido, y la llevo hasta la pared para apoyarla en ella mientras me la follo. Bajo la cremallera de mis pantalones y estoy a punto de bajarle las jodidas mallas cuando la voz de mi jefe me deja helado en el sitio.

—Corre —susurra ella— súbete a la camilla.

—¿Y qué coño hago con esto? —pregunto señalándome la polla.

—Ya se me ocurrirá algo.

Me tumbo en la camilla como ella dice y tengo que aguantarme la risa cuando coloca sobre mi cintura otra sábana hecha un montoncito. Por suerte mi jefe se ha parado a hablar con Eros en el pasillo, si no...

—¿Se puede saber qué pretendes con esto? —protesto en susurros—
¿Crees que mi jefe no va a mirar ahí en cuanto entre por la puerta?

—¡Yo qué sé! —exclama— ¡No se me ocurre nada más!

—Mi chaqueta —sugiero al verla colgada en el perchero—, usa mi chaqueta.

Justo cuando Valentina lanza mi cazadora sobre mi erección mi jefe irrumpe en la habitación.

—¿Cómo estás, Carlo? —pregunta— Me han dicho que te han dado un buen golpe en la cabeza.

—Nada que un poco de descanso no pueda arreglar, señor Taylor —contesta Valentina.

—Por supuesto —asiente mi jefe—, tómate un par de días libres. Debes recuperarte.

Mi jefe sale de la enfermería y Valentina me mira con una ceja arqueada.

—¡Cuánta preocupación!—se burla.

—Está más preocupado por el dinero que puede perder por mi lesión. Es la versión humana del tío Gilito de Disney.

Me levanto de la camilla y me acerco a ella para enlazarla por la cintura.

—¿A qué hora terminas? —pregunto.

—A las diez podré irme casa. Tal vez quieras acompañarme...

—Quizás no debería... —bromeo— No sea que me dé una conmoción.

—Estarás en buenas manos, lo prometo. Puede que te haga un masaje para evitar un coágulo...

Con solo imaginar dónde tiene pensado darme ese masaje vuelvo a empalmarme.

—Mira lo que has hecho —ronroneo restregándosela en la pierna— ¿No te da vergüenza?

—Ni un poquito —responde apretándola entre sus dedos—. Si no corriéramos el riesgo de ser descubiertos por el jefe te haría una pequeña demostración.

—Tendré que conformarme con fantasear con ese masaje hasta esta noche —suspiro—. A las diez estaré esperándote en la puerta. Aprovecharé para darme una ducha y cambiarme de ropa.

—Mmm... ¿Vas a ponerte guapo?

—Solo presentable. Te llevaré a cenar algo antes de irnos a tu casa, ¿Te parece?

Ella me mira con una ceja arqueada y se vuelve para apuntar algo en un trozo de papel.

—Esta es mi dirección —explica—. Ven a verme cuando hayas cenado.

Como veo que ha dado un paso atrás asiento y me pongo la cazadora para marcharme.

—Si te mareas ve a un hospital, Montgomery —ordena.

—¿No has dicho que tú te ocuparás de mí?

—Lo digo en serio. Puedes sufrir un derrame o un coágulo.

—Tranquila, lo haré.

En cuanto salgo de la enfermería veo a mi primo que está apoyado junto a los ventanales escribiendo en el móvil.

—¿Me llevas a casa? —pregunto.

—Por supuesto. Me quedaré esta noche a dormir contigo por si sufres algún síntoma.

—Si te quedas a dormir en mi casa te aseguro que lo harás solo, porque yo tengo una cita con mi preciosa doctora.

—Así que al final te la has ligado...

—Me da la impresión de que solo quiere sexo... y te aseguro que no pienso quejarme.

—Es lo mismo que quieres tú, si no me equivoco.

—No tengo ganas de complicaciones, primo. Estoy mejor así.

Robin aparece por el pasillo y me mira con preocupación antes de examinar el bulto que me ha salido en mitad de la frente.

—¿Seguro que estás bien? —pregunta.

—Sí, solo tengo que estar vigilado un par de horas. ¿Llevas tú mi coche hasta mi casa?

—Claro que sí, dame las llaves.

En cuanto llegamos a mi piso Robin insiste en tumbarme en el sofá mientras ella me prepara algo para cenar, pero quiero darme una ducha antes así que me escapo de su cuidado en cuanto entra en la cocina. No pasan ni dos minutos cuando mi primo entra en el cuarto de baño y se sienta en la tapa del váter para seguir jugando al juego del móvil.

—¿Se puede saber qué coño haces? —protesto.

—¿Tú qué crees? Vigilarte.

—No me hace ni puta gracia que estés ahí sentado mientras me ducho, gilipollas.

—Tampoco es que tengas algo diferente a lo mío. Además, te la he visto montones de veces.

—Cuando éramos críos, Eros. Ahora estoy algo más crecido, ¿sabes?

—Pues te jodes. No pienso dejarte solo para que mi novia me asesine por descuidarte, así que o te duchas conmigo aquí sentado o vas a tu cita con Valentina oliendo a oso.

Me meto en la ducha cerrando la mampara con más fuerza de la necesaria y lanzo la ropa por encima del cristal. Cierro los ojos en cuanto el agua caliente roza mi cabeza, estoy mucho más cansado de lo que quiero reconocer pero no pienso perderme la sesión de sexo que Valentina me ha prometido. Tras una ducha rápida salgo del habitáculo y me lío una toalla a la

cintura.

—No es por joder, pero yo la tengo más grande —bromea mi primo.

—Que te den.

Me doy la vuelta para marcharme pero un mareo me hace sujetarme con fuerza al quicio de la puerta.

—¿Qué pasa? —pregunta Eros acercándose al momento— ¿Te has mareado?

Asiento y le dejo llevarme hasta mi dormitorio. Me siento en la cama un segundo, pero el mareo no se pasa, así que tengo que dejar que me ayude a vestirme.

—Nos vamos al hospital, Carlo —ordena mi primo.

—Se me está pasando —miento.

—Me da igual que se te pase, tío. Olvídate de tu cita sexual de esta noche porque te llevo ahora mismo a urgencias.

Aunque me joda admitirlo, mi primo tiene razón. La verdad es que estoy asustado, y no voy a hacer el gilipollas por follar con una mujer por muy impresionante que sea. Valentina lo entenderá cuando se lo explique, ella ha sido quien me ha ordenado que vaya al hospital. Dejaremos nuestra cita sexual para mañana, seguro que la espera merecerá la pena.

Capítulo 3

Me han hecho un montón de pruebas para asegurarse de que no tengo un coágulo en el cerebro, y aunque todo está correctamente no me dejan irme a casa hasta mañana. Cojonudo. Lo último que me faltaba es tener que estar aquí encerrado sin poder hacer nada.

Mi madre entra en la habitación hecha un mar de lágrimas y miro a mi primo con reproche, a lo que él responde encogiéndose de hombros.

—Estoy bien, *mamma* —intento calmarla—. Solo van a tenerme en observación.

—¿Por qué no me has llamado, majadero? —pregunta ella dándome un manotazo en el pecho— Cuando Eros lo ha hecho casi me da un infarto.

—Precisamente por eso. No me pasa nada grave y no quería preocuparte.

—¡Soy tu madre!

—¿Acaso crees que no lo sé? Deja de preocuparte y vete a casa. Eros va a quedarse conmigo esta noche.

—Yo me quedaré —protesta ella quitándose el abrigo.

—En serio, mamá, vete a casa. No tienes edad para pasar la noche sentada en un sofá.

Debería haberme callado la boca... si es que soy un bocazas cuando no debo serlo. Ahora me toca aguantar la perorata de mi madre en italiano reprochándome que la haya llamado vieja.

—Tía Gianna —dice Eros interrumpiendo su diatriba— Carlo no ha

querido insinuar que seas vieja. ¿Verdad?

—¡Pues claro que no! —bufó.

—Pero él se recuperaría antes si no estuviese preocupado por tu bienestar —continúa mi primo—. Yo me quedaré con él esta noche, y el médico ha dicho que si no vuelve a marearse podrá irse a casa por la mañana.

—*Figlio ingrato* —protesta mi madre volviendo a ponerse el abrigo—. Más vale que me avises cuando vuelvas a casa.

—Te lo prometo, *mamma*.

Parece que se queda más conforme, porque tras darme un beso se marcha y me dejó caer sobre la almohada con un suspiro.

—Te juro que la adoro —suspiro—, pero hay veces que no la soporto.

—Me debes una y bien grande, imbécil. Casi la lías bien gorda.

—No tienes que quedarte tú tampoco, las enfermeras son capaces de cuidar de mí.

—Claro que sí, gilipollas... voy a arriesgarme a que tu madre me corte los huevos de raíz...

—Es el día de los enamorados, deberías pasarlo con Robin.

—A Robin le importa bien poco que sea el día de los enamorados o el de los divorciados. Yo le demuestro que la quiero todos los días.

—Qué machote... —me burlo.

—Ríete todo lo que quieras, Carlo. El día que encuentres a una mujer que te vuelva la vida del revés ya me contarás lo que haces para mantenerla a tu lado.

Miro el reloj de mi teléfono y me doy cuenta de que ya son las dos de la mañana. Espero que Valentina crea que me ha pasado algo y no que la he dejado tirada, o me quedaré sin sexo impresionante mañana.

—Como suponía, aquí estás.

Vuelvo la cabeza hacia la puerta al escuchar su voz y me la encuentro apoyada en el quicio con una sonrisa.

—¿Cómo me has encontrado? —pregunto.

—Al ver que no aparecías decidí llamar a los hospitales de la zona — explica—. Supuse que habrías tenido complicaciones y que me habías hecho caso.

Miro a mi primo, que se levanta al momento y se dirige a la puerta.

—Voy a tomarme un café —explica.

—Puedes irte a casa —contesta Valentina—, yo me quedaré con él.

Eros me mira con una ceja arqueada y asiento para que se marche. Valentina se acerca a mi cama y se sienta a mi lado tras coger mi informe.

—Al menos no hay ninguna hemorragia visible —comenta pasando las páginas—. Mañana podrás salir de aquí.

En vez de contestarle subo un dedo por su brazo hasta encontrarme con la curva de su pecho.

—Podemos resolver nuestros asuntos ahora —susurro—. Solo tienes que cerrar la puerta con llave.

—Las puertas de las habitaciones de hospital no tienen cerrojo, campeón. Además, no puede subirte la tensión.

—Antes no te preocupaba mi tensión.

—Antes no habías tenido complicaciones.

—Ha sido un mareo de nada...

—No insistas o tendré que llamar a la enfermera.

—No me importaría que se uniera a la diversión... —bromeo.

Valentina me mira con una ceja arqueada y abre la puerta para llamar a la enfermera, que parece más un tío que una mujer.

—El señor Montgomery necesita otra almohada —explica ella al ver mi cara de espanto.

—Ahora mismo se la traigo, doctora.

Valentina espera a que la enfermera salga para acercarse a la cama con los brazos cruzados y una enorme sonrisa de satisfacción en los labios.

—¿Y bien? —pregunta.

—Lo dejaremos para mañana —contesto.

—Eso suponía. —Se tumba a mi lado—. Tranquilo, campeón, que este cuerpo será tuyo tarde o temprano.

¿Pero por cuánto tiempo? No puedo evitar preguntarme de cuántas noches dispondremos para disfrutar juntos del sexo, pero esperaré a mañana para preguntárselo. La observo detenidamente mientras ella permanece con los ojos cerrados. Tiene unas pestañas larguísimas y espesas, y el poco maquillaje que lleva puesto no ensombrece su belleza. Odio a esas mujeres que llevan tres kilos de pintura sobre la cara y que cuando se desmaquillan resultan ser otra persona.

—Deja de mirarme —protesta Valentina con una sonrisa.

—¿Por qué te pusieron Valentina?

—Por mi abuela. Sé que es una putada en el día de los enamorados, pero el resto del año me siento orgullosa de llevar su nombre.

—Sé lo duro que es llamarse como el puñetero angelito. Eros lo pasó realmente mal en el instituto por ello.

—¿Por qué le pusieron Eros?

—Mis tíos tuvieron la brillante idea de ponerle el nombre del santo que se celebra el día que fue engendrado. Valentín estaba muy visto, así que...

—Lo suyo es mucho peor —ríe ella—. Al menos el mío es un nombre más común.

—Sí, no creo que haya muchos Eros corriendo por ahí.

Valentina se apoya en mi pecho con un suspiro y rodea mi cintura con su brazo. El calor empieza a subirme por el estómago y tengo que concentrarme para no tener una erección.

—¿Eres consciente de lo que estás provocando? —pregunto.

—Intento ponerme cómoda. Esa enfermera va a tardar la misma vida en traer la almohada.

—Tu comodidad me está poniendo cachondo, ricura.

—Eres muy susceptible, Carlo.

—Y tú estás demasiado buena para mi bien.

Valentina sonríe y empieza a hacer círculos con sus uñas en mi estómago, haciéndome gemir.

—Cuando salte sobre ti para follarte no te quejes —advierdo.

—Te recuerdo que tienes que guardar reposo.

—Eso es simple... yo me quedo aquí tumbado y tú te pones encima.

En vez de estarse quieta, introduce la mano bajo la cinturilla del pantalón del pijama hasta encontrarse con mi polla, dura y lista para ella. Antes de que pueda siquiera respirar estoy encima de su cuerpo con mi cara a un centímetro de la suya.

—Deja de contradecirte, Val —susurro—. Si quieres que te folle dilo y lo har  más que encantado.

—Tienes que recuperarte antes.

—Cr eme... sobrevivir .

Capítulo 4

¿Por qué el puñetero universo conspira contra mí? En cuanto pego mis labios a los de Valentina la enfermera irrumpe en la habitación y aúlla cuando nos descubre.

—¡Señor Montgomery, por amor de Dios! —exclama dándose la vuelta — ¡Debería darle vergüenza!

—No es lo que parece... —me disculpo.

Pero a quién quiero engañar... mi erección es evidente, así que le sonrío esperando que mi encanto natural logre calmarla, pero parece ser inmune a ellos porque mira a Valentina con reproche antes de señalar la puerta.

—Usted es peor que él, doctora —la regaña—. Debería ser más razonable y no haber entrado en su juego.

—¿Y por qué das por hecho que yo soy el malo de la película? —protesto.

—Porque es un hombre. Y guapo, aunque no tenga nada debajo de ese precioso pelo rubio.

Valentina rompe a reír a carcajadas mientras se pone su abrigo.

—Creo que debo irme, o tu enfermera acabará conmigo —bromea.

—Por supuesto que debe irse, doctora —contesta la enfermera colocando la almohada extra bajo mi cabeza—. El señor Montgomery necesita descansar y usted no ayuda nada.

Val apunta su teléfono en un papel y lo deja junto a mi cama, en la mesa auxiliar.

—Lláname cuando te den el alta —pide—. Tenemos que resolver el asunto cuanto antes.

Me quedo mirando su culo fijamente mientras se aleja, pensando en lo mucho que voy a disfrutar mordiéndolo, apretándolo entre mis dedos mientras me clavo una y otra vez dentro de ella.

—A dormir, degenerado —ordena la enfermera tapándome el campo de visión y mirándome con cara de pocos amigos.

—Ella también quería —protesto.

—Todas las mujeres quieren, es cosa suya decidir qué es lo primero, su salud o su miembro.

Aunque apenas he dormido me siento bien a la mañana siguiente. El médico me da el alta y llamo un taxi para volver a casa, no quiero tener a mi madre revoloteando a mi alrededor y tratándome como si fuera un niño, y a estas horas Eros debe estar trabajando. En cuanto cierro la puerta a mis espaldas me dejo caer en el sofá y marco el número de Valentina, que lo coge al momento.

—¿Ya estás en casa, campeón? —pregunta.

—Sí, me han dado el alta. ¿Por qué no vienes a verme y lo celebramos?

—Estoy trabajando.

—Si hoy no hay partido.

—Pero sí entrenamiento, y tengo que estar cerca por si alguno de mis chicos se lesiona.

Escucharla llamarles sus chicos aviva los celos en mi estómago, pero los aparto de golpe porque ella no me pertenece y puede hacer lo que quiera con quien quiera.

—Lástima... —susurro— Ya tenía un regalito en la mano listo para ti.

Me gusta el morbo, me gusta jugar y ella me lo ha puesto a huevo, así que saco mi polla de los vaqueros y comienzo a acariciármela.

—Mmm... así que tienes una cosita para mí... —ronronea ella.

—Ajá... y te aseguro que es toda para ti.

—¿Y es muy grande esa cosita?

—Tendrás que comprobarlo por ti misma...

—Seguro que es grande... igual que tú.

—No sé si es grande o pequeña, pero lo que sí sé es que está deseando probarte.

Mi mano sube y baja por mi verga lentamente, apretando mi glande para impedir que el orgasmo llegue demasiado pronto, porque escuchar su voz ronroneante está poniéndome a mil por hora. Levanto el culo para deshacerme de los pantalones, que quedan a la altura de mis tobillos, y abro las piernas para poder masturbarme mejor.

—Yo también tengo algo para ti, campeón... —susurra— Algo que ahora mismo está caliente y mojado esperando tu regalo.

Bien, Val... esa es mi chica. Aumento el ritmo de mi mano poco a poco, y saber que está escuchando mis jadeos silenciosos a través del teléfono me pone aún más cachondo.

—Acabo de tocarlo para ver cómo está —susurra con la respiración algo acelerada.

—Dímelo.

—Está hinchado. Sensible. —Gemido—. Muy sensible.

—Me encantaría pasar mi lengua por él una y otra vez igual que estás pasando tu dedo ahora mismo.

—Te aseguro que prefiero esa lengua... pero no solo por mi regalo, sino por todo mi cuerpo.

Tengo que apretarme la verga para no correrme ahora mismo, porque quiero alargar el juego un poco más.

—Casi consigues que me corra, Val —reconozco—. Con solo imaginarlo me pongo a mil por hora.

—Esta noche seré toda tuya, campeón. Pero ahora necesito que me hagas correrme a mí también.

Inspiro con fuerza ante su confesión. Valentina es puro fuego, una bomba de relojería que explotará en mis manos en cuanto logre llevármela a la cama.

—En cuanto te tenga cerca voy a empotrarte contra la pared para besarte —empiezo—. Quiero que lleves una falda, preciosa. Así podré meterte mano a mi antojo mientras logro que te derritas lentamente.

—Mmm... sigue así —suspira ella.

—Después voy a ponerme de rodillas entre tus piernas y arrancaré tus bragas de un tirón para poder saborear tu precioso coñito. Primero acercaré mi nariz para aprenderme tu olor de memoria y luego jugaré con mi lengua entre tus pliegues hasta dar con ese pequeño botón traicionero que estás acariciando ahora mismo.

—¡Joder, sí!

—Voy a hacer que te retuerzas sintiendo un orgasmo tras otro hasta que me supliques que pare, Val. Y después de eso pienso clavarme en tu coño hasta el fondo para follarte como quiero: duro, intenso, fuerte.

Escucho sus gemidos a través del teléfono y continúo moviendo la mano sobre mi polla, porque la he dejado descuidada mientras le describía mi fantasía. La muevo al ritmo de sus gemidos, imaginando que estoy dentro de ella, que siento sus pechos aplastados contra el mío y sus piernas enredadas en mi cintura.

—Quiero sentir tu cuerpo pegado al mío, nena —gimo—. Quiero que te contraigas a mi alrededor y me arañes la espalda con las uñas mientras te corres entre mis brazos.

—¡Joder, sí!

De pronto escucho el chapoteo de sus dedos al entrar en su sexo, mojado y delicioso, y soy yo quien gime. Ha debido de acercar el teléfono a su entrepierna para que escuche cómo se masturba y siento que mi vena yugular va a saltar en cualquier momento.

—Eso es, nena... sigue acariciándote para mí —susurro sin dejar de masturbarme—. Córrete conmigo, vamos...

Cuando estoy a punto de correrme escucho a través de la línea un grito que recorre todo mi cuerpo. Su respiración jadeante termina por lanzarme de cabeza al orgasmo y me quedo en silencio con el teléfono apoyado en el pecho hasta que logro recuperarme.

—¿Sigues ahí? —pregunto cuando mi respiración se normaliza.

—Ha sido... ¡Uau! —Su respuesta me hace sonreír.

—Te aseguro que lo de esta noche será mucho mejor.

—Ya estoy deseando que pase el día.

—¿A qué hora terminas?

—A las siete. ¿Nos vemos en mi casa?

—De eso nada, preciosa. Después de ponerme como una moto imaginándote en la mía no vas a joderme la oportunidad de cumplir esa fantasía. Te recojo a las ocho.

—Esto no es una cita —recuerda—, solo es sexo.

—¿Y quién ha dicho lo contrario?

—Muy bien, nos vemos a las ocho.

Aunque no quiera reconocerlo, me jode que no quiera tener una cita conmigo, pero ¿por qué? Yo también quiero sexo sin complicaciones, ¿o tal vez no? Aparto esas tonterías de mi mente y voy a darme una ducha. Por ahora solo voy a centrarme en esta noche y en todo lo que pienso hacer con ella.

Capítulo 5

A las ocho en punto aparco el coche en la dirección que me dio Valentina anoche. Sonrío al verla aparecer, porque lleva una gabardina que no deja pista alguna sobre su atuendo. ¿Me habrá hecho caso y se ha puesto una minifalda o irá completamente desnuda debajo de la chaqueta?

—Hola, campeón —ronronea al entrar al coche.

En vez de contestarle introduzco un dedo por debajo de la tela de la gabardina para descubrir que lleva debajo una minifalda de cuadros escoceses como las que llevan las colegialas.

—Mmm... ¿Vienes disfrazada, nena? —pregunto.

—Tú tienes tus fantasías, yo las mías.

—Te aseguro que no pienso quejarme.

Pongo el coche en marcha y en menos de diez minutos estoy subiendo en el ascensor con ella. En cuanto se cierran las puertas la aplasto contra el espejo con la intención de besarla, pero ella pone sus manos sobre mi pecho para apartarme.

—La fantasía empezaba en tu casa, ¿recuerdas? —protesta con una sonrisa traviesa.

—La fantasía empezará donde yo quiera —ronroneo atacando su cuello — que para eso es mía.

Ella ríe y levanta la cabeza para dejarme mejor acceso a la columna de su cuello. Empiezo con besos húmedos, alternándolos con mordiscos que la hacen suspirar. Valentina enreda los dedos en mi pelo y pega su pelvis a la mía, pero las puertas se abren y la suelto al momento para tirar de ella hasta la

puerta de mi casa. En cuanto la cierro a nuestras espaldas la empotro contra la pared y le muerdo los labios antes de meter mi lengua en su boca. Sabe tan dulce que termino mareándome, y sin dejar de besarla deshago el nudo del cinturón de su gabardina para poder desabrochar los botones. Como suponía, aparte de la faldita de colegiala que no oculta la liga de sus medias lleva puesta una camisa blanca atada en la cintura, dejándome ver su ombligo adornado con un *piercing*.

—Así que eres una niña mala... —susurro.

—Muy mala —ronronea ella pasando la uña por mi cuello—. ¿Vas a castigarme?

—Puede que lo haga.

Valentina se arrodilla, desabrocha mis vaqueros y se relame mientras me mira traviesa.

—Entonces tendré que convencerle de que no lo haga, profesor susurra.

Me baja los pantalones y los bóxers hasta los tobillos y mira mi polla como si fuera un helado que quiere devorar. En cuanto sus dedos tocan mi verga siento una descarga eléctrica subir por mi espalda y tengo que apoyar las manos en la pared para no terminar de rodillas con ella.

—¡Joder! —susurro.

La miro atentamente mientras la magrea con sus dedos logrando que se endurezca en el acto, y sonrío justo antes de envolverla con sus sedosos labios rojos y hacerme gritar de placer. La chupa con ansia, alternando lamidas de su lengua con engullidas que me dejan mareado, y aparto el pelo de su cara para poder mirarla mejor. Es tan sexy que me vuelve loco, y cierro los ojos para poder aguantar un poco más. Sus labios acarician mi verga con fuerza y el roce de sus dientes provoca que el placer suba por mi espalda y mi frente se perle de sudor.

—Para... —susurro.

En vez de obedecerme, coge mis huevos con la mano y los masajea mientras sigue metiendo y sacando mi polla de su boca. No puedo evitar

sujetarla con fuerza de la cabeza y empezar a follármela, moviéndome deprisa, buscando correrme. Mis investidas deben estar provocándole arcadas, pero en vez de apartarse Valentina se agarra a mi culo y me sigue los movimientos gimiendo cada vez que me clavo por completo dentro de su boca. No puedo más, por más que lo intento soy incapaz de contener el orgasmo y termino corriéndome en su boca con un gemido.

Valentina se relame y se pone de pie, desabrochando poco a poco la camisa y dejándome ver sus tetas.

—¿He aprobado el examen, profesor? —pregunta.

—Aún no has terminado, preciosa —respondo acariciando uno de sus pezones con un dedo.

La llevo hasta la mesa del salón y la hago apoyar el cuerpo sobre ella. Sé que el frío cristal va a lograr endurecer sus pezones, y casi tengo la tentación de meterme debajo del mueble para observarlos... casi. En cuanto la tengo como quiero levanto su faldita hasta la cintura y estiro la pequeña cuerda del tanga hasta meterla dentro de sus labios, haciéndola gemir.

—Ahora viene la parte importante del examen, nena.

Introduzco la mano entre sus muslos hasta encontrar su coñito, que ya está mojado y listo para mí.

—Te pone cachonda comérmela, ¿verdad, preciosa? —susurro.

Paso mis dedos sobre sus labios, impregnándolos de sus jugos, y acaricio lentamente su clítoris hinchado. Valentina gime, se retuerce intentando escaparse, pero la sostengo sobre la mesa con mi cuerpo y sigo masturbándola hasta que el orgasmo la recorre. Pero no he terminado con ella, ni por asomo. La tumbo sobre la mesa de espaldas y abro sus piernas al máximo. Primero me recreo en esas tetas respingonas que me apuntan tentándome, y me meto un pezón en la boca mientras pellizco el otro con suavidad.

Valentina introduce la mano entre sus piernas y acaricia su clítoris en círculos, gimiendo cada vez que paso mi lengua por su enhiesto pezón. Está cachonda, su frente está cubierta de sudor y tiene las pupilas dilatadas y los

labios hinchados.

Me aparto de sus tetas y me siento en una silla frente a su sexo, aparto sus labios y recojo con mi lengua sus jugos, ácidos y salados al mismo tiempo. Primero acaricio el clítoris con la punta de la lengua, dándole tiempo a recuperarse del orgasmo anterior, y después lo succiono con la boca abierta, haciéndola jadear.

Siento sus dedos en mi pelo, sus uñas arañan mi cabeza y su pelvis se levanta cada vez que me separo para coger aire, y cuando introduzco un dedo dentro de ella Valentina grita y empieza a mover la cintura en círculos, jadeando de placer.

—Quieta, gatita... —susurro sujetándola— Aún no.

—Fóllame, Carlo... por favor...

Río entre dientes y sigo con mi asalto, mi dedo se mueve muy despacio dentro y fuera de ella y sube por sus labios hasta su clítoris antes de volver a empezar. Para ella no es suficiente, y estira la mano para acariciarse ella misma el pequeño botón, poniéndome cachondo al instante y consiguiendo que mi polla vuelva a endurecerse.

—Eso es, nena... —ronroneo— Tócate para mí.

Me levanto y guío mi verga hasta su entrada, y me introduzco en ella centímetro a centímetro, resbalando suavemente cada vez que ella se mueve a mi alrededor. Estar dentro de ella es mucho más excitante de lo que esperaba, y la sujeto de las caderas para empezar a moverme despacio, saboreando la vorágine de sensaciones que siento a mi alrededor. Valentina se pellizca los pezones, amasa sus pechos mientras me la follo, clavándome en ella una y otra vez sin darle tregua, sin pensar en nada más que no sea la increíble sensación que sube por mi espalda.

Valentina me aparta y se tumba bocabajo sobre la mesa abriendo las piernas, ofreciéndome su coñito desde atrás. En cuanto me entierro en ella un grito escapa de mi garganta y empiezo a embestirla con fuerza, haciendo que la mesa se desplace cada vez que estoy hundido por completo en ella. Valentina

sale al encuentro de mis embestidas echándose hacia atrás cada vez que me adelanto, y el sonido de nuestros cuerpos al chocar inunda la habitación.

El sudor cubre nuestros cuerpos calientes y el aire se ha impregnado del olor a sexo. Las paredes de Valentina se contraen a mi alrededor, se convulsiona con un grito recorrida por el orgasmo y logrando que me corra yo también.

Capítulo 6

Vuelvo al trabajo el lunes bastante recuperado. No he tenido noticias de Valetina en todo el fin de semana aunque le he mandado varios *whatsapp*, pero tampoco quiero insistir demasiado porque tal vez ha estado ocupada. En cuanto llego al estadio mi jefe me llama a su despacho para preguntarme cómo me encuentro, y tras darle el parte médico me dirijo a mi sitio en las gradas.

Hoy los *Sox* juegan contra los *Mets* de Nueva York, y aunque es un gran partido no es tan importante como para temer alguna trifulca. En cuanto los jugadores entran al campo y me aseguro de que no va a haber ningún incidente en mi sector me escaqueo de mi puesto y voy a buscar a Valentina a la enfermería. La encuentro sentada en una camilla jugando a algún juego del móvil.

—Creí que lo habías perdido —digo apoyándome en el quicio de la puerta.

—¿Qué haces aquí? —protesta.

—Cualquiera diría que no te alegras de verme.

—Y no me alegro.

—¡Vamos! ¿Tan mal estuve el otro día?

—Te dije que solo sería sexo.

—¿Y por ser solo sexo tiene que durar solo una noche? —pregunto con una ceja arqueada.

—¡Pues claro que sí!

Sonrío y me acerco a ella hasta que sus piernas quedan entre las mías,

imposibilitándole escapar.

—Yo no he tenido suficiente de ti ni por asomo, nena —susurro levantado su barbilla—. No he hecho nada más que empezar contigo.

—Pero yo sí he terminado contigo.

Me aparta de un empujón y se marcha a la otra punta de la enfermería.

—Será mejor que te vayas —dice—. Tengo que trabajar.

Miro a mi alrededor y abro los brazos para abarcar todo el cuarto, que evidentemente está desierto.

—No veo que tengas nada que hacer —respondo—. No hay ningún jugador lesionado por aquí.

—No me lo pongas más difícil, Carlo, por favor.

—Dame una buena razón para marcharme y te aseguro que me iré.

—¿No te parece suficiente razón que no quiera volver a repetir?

—No —protesto atrapándola contra la pared—. No me sirve porque sé que estás mintiendo.

—Estás muy seguro de ti mismo.

—No, preciosa, confío en lo que tu cuerpo me dice, y desde luego no es que haya terminado conmigo.

—Pues me parece que tu radar de machote está estropeado, porque no tengo ninguna intención de volver a tu cama.

—Eso lo veremos.

Me acerco para besarla pero la voz de uno de mis compañeros en el *walkie talkie* me hace apartarme. Hay una pelea en la grada norte y debo acudir a ayudar.

—Esto no ha terminado, Val. Ni por asomo.

Me marcho para no darle la oportunidad de contestarme y corro hasta la grada de mi compañero donde un grupo de adolescentes de ambos equipos se han liado a golpes. ¡Joder, son unos críos! ¿Qué clase de educación están recibiendo para pelearse por un simple partido de béisbol? Los sacamos del estadio y vuelvo a mi puesto, porque al haber tardado en llegar a la pelea he

mosqueado a mi jefe y me está vigilando de cerca.

—Si no estás bien deberías habérmelo dicho, Montgomery —protesta—. No puedo permitirme que uno de mis guardias no esté al cien por cien.

—Lo siento, señor Taylor, estaba en el cuarto de baño —me defiendo.

—La próxima vez avisa a un compañero. No se pueden quedar las gradas sin supervisión.

—No volverá a ocurrir, señor. Tiene mi palabra.

—Más te vale, o me veré obligado a prescindir de ti.

Cojonudo, así me agradece diez años de intachable trabajo en el estadio. Aunque estoy pendiente al trabajo el resto de la noche no puedo apartar a Valentina de mi cabeza, y pienso bajar a buscarla para aclarar todo este asunto en cuanto termine el partido. El resto de la noche pasa sin incidentes, a excepción del espontáneo que se ha paseado en bolas por el campo hasta que hemos logrado cazarlo. Le doy tiempo a Valentina para que haga su trabajo, y cuando sale el último jugador de la enfermería entro y cierro la puerta.

—Creo que tenemos que terminar la conversación de antes —digo acercándome a ella.

—De verdad, Carlo, déjalo ya —protesta sin volverse.

—No pienso dejarlo hasta que me des una buena razón por la que no quieras que lo del otro día se repita.

—Nunca repito cuando me acuesto con alguien.

—¿Por qué?

—No tengo que darte explicaciones.

—Sé que no, pero me gustaría que me la dieras.

Me acerco a ella y acaricio su mejilla con el dorso de la mano.

—La otra noche lo pasamos realmente bien —susurro—, ¿a qué viene que no quieras repetir?

—Repetir implica conocerse.

—¿Y tan terrible sería que eso pasara?

—¡Pues claro que sí! —Se vuelve hacia mí por fin y puedo ver el dolor

reflejado en su rostro—. No pienso exponerme de nuevo al amor, Carlo. Y si te conozco sé que será eso precisamente lo que haré.

—¡Vamos, Val! ¿Quién está hablando de amor? ¡Es solo sexo!

—Ahora tal vez sí, pero me conozco y terminaré sintiendo cosas por ti que no debería sentir. ¿Y entonces qué, Carlo?

Me quedo callado porque la verdad es que no sé qué decir. Yo no pienso en el futuro, nunca lo hago. Me dedico a vivir el día a día tal cual llega y ya veremos qué pasará mañana.

—A eso me refería —suspira ella.

—¡No he dicho nada!

—Precisamente. Será mejor que te marches, por favor.

Estoy furioso. Que niegue que sigue deseándome me pone enferme, así que me acerco a ella y la aprisiono de nuevo contra la pared y pego mi boca a la suya. No es un beso suave, ni mucho menos. Me siento tan frustrado que quiero castigarla, quiero dejarla jadeante y cachonda para que se arrepienta de deshacerse de mí. Introduzco la lengua en su boca casi a la fuerza, intentando dominar la suya, que pugna por sacarme de allí. Al principio sus manos intentan apartarme, pero poco después se enredan en mi cuello con un suspiro.

Es mi oportunidad. Introduzco una pierna entre las suyas y la subo hasta encajar la rodilla en su sexo. Ella gime, se retuerce y pega su pecho al mío, abriendo las piernas para dejarme maniobrar. Meto la mano bajo la cinturilla del pantalón y cuelo un dedo entre sus labios hinchados para acariciar su clítoris, que responde al momento a mis caricias. Valentina mueve las caderas intentando controlar el ritmo, pero en vez de darle lo que quiere saco la mano de sus pantalones y rompo el beso, dejándola jadeante, cachonda... y cabreada.

—Piensa en esto, Val. Piensa en lo mucho que me deseas ahora mismo cuando estés esta noche sola en tu puñetera cama. Tal vez mañana recuperes la cordura y decidas que aún nos queda mucho que hacer juntos.

—Eres un hijo de puta.

—Te aseguro que no, nena. Solo estoy reclamando lo que quiero.

—Y no te importa que lo que tú quieras no sea lo mismo que lo que quiero yo, ¿verdad?

—Me importa que aun siendo lo mismo nos niegues a ambos disfrutarlo.

Me vuelvo para marcharme, pero justo antes de coger el picaporte de la puerta me detengo.

—El amor no es otra cosa que un conjunto de reacciones químicas del cuerpo, Val —digo—. No es una maldición.

—Si piensas eso alejarme de ti es lo mejor que puedo hacer.

—No pienses ni por un segundo que he acabado contigo, Val. Ni por un puto segundo.

Capítulo 7

He quedado esta noche con mi primo para tomarnos una copa. Estoy cabreado y frustrado por la actitud de Valentina y Eros ha pensado que salir a distraerme será lo mejor para calmar mi mal humor. Pedimos un par de cervezas y vacío más de medio botellín de un trago.

—Sí que te ha afectado esa tía —comenta mi primo.

—No es eso, es que...

¿Y qué es lo que me molesta realmente? Si solo es sexo no tengo más que buscar a otra con la que follar esta noche y asunto zanjado, ¿no? ¿Por qué me jode tanto que ella no quiera volver a hacerlo?

—Te gusta —contesta mi primo adivinando mis pensamientos—. Te jode tanto porque te gusta más de lo que quieres admitir.

—¿Cómo no va a gustarme, Eros? Está buenísima y es una máquina en la cama. Le gusta el morbo y sé que podría darme mucho juego.

—Tal vez le han hecho daño y no quiere arriesgarse a que le vuelva a pasar.

—Desde el primer momento ha quedado claro que solo es sexo. De hecho ha sido ella la que se ha asegurado de dejarlo claro como el agua.

Mi primo me da un codazo y señala con la cabeza hacia el fondo de la barra. Allí está Valentina tomando algo con un par de amigas, riéndose y divirtiéndose como si nuestra discusión no le importara una mierda. Hago el intento de levantarme y Eros me agarra del brazo.

—¿Qué se supone que piensas hacer? —pregunta.

—Lo que me has dicho, buscarme a otra que quiera follar conmigo esta noche.

—No hagas nada de lo que te puedas arrepentir, tío.

—Si ella no quiere repetir es su problema, Eros. Tal vez alguna de sus amigas no sea tan tonta como para desaprovechar la oportunidad.

Mi primo niega con la cabeza dejándome como cosa perdida y se repantiga en su taburete a observar cómo meto la pata hasta el fondo. Porque la meto, os lo aseguro.

Me acerco a una de sus amigas con una de mis sonrisas de ligar, y le hago una seña al camarero para que le ponga otra copa de lo que esté tomando. Valentina pone los ojos en blanco y se vuelve hacia la pista de baile para no ver lo que hago, así que aparto el pelo de su amiga de su cuello y me acerco a su oído.

—¿Qué te parece si nos vamos de aquí? —susurro.

—Ni lo sueñes, machote. No eres mi tipo.

Valentina casi se atraganta con su copa, pero la ignoro para seguir con mi seducción.

—Podríamos pasarlo realmente bien si quisieras, preciosa —ronroneo.

—Verás, el problema es que mi tipo es aquel de allí.

Señala a una mujer que baila a unos pasos de donde nos encontramos y vuelve a mirarme con una sonrisa.

—Me gustan las chicas, machote. No te sientas mal por el rechazo.

Valentina rompe a reír a carcajadas, poniéndome de muy mala leche. La cojo de la muñeca y tiro de ella a través de la pista de baile hasta el cuarto de baño. El de los hombres está desierto, así que entro con ella y cierro la puerta con cerrojo.

—¿Te ha parecido divertido? —protesto aprisionándola contra la pared.

—Ha sido desternillante. ¿Crees que intentando follarte a mis amigas vas a conseguir que vuelva a tu cama?

Devoro su boca con ansia, y aunque al principio intenta apartarme

pronto enreda los brazos en mi cuello y pega sus pechos a mi camisa. Mira lo que me cuesta ponerte cachonda, nena... Meto la mano por debajo de su falda de tubo para encontrarme que no se ha puesto bragas. Solo de pensar que ha salido con la intención de follarse a otro tío me cabrea y excita a partes iguales. La agarro del culo y la levanto para que enrede las piernas en mi cintura y meto la mano entre sus labios para acariciar su clítoris sin dejar de besarla.

Valentina está eufórica y los besos se vuelven salvajes. En cuanto siento mis dedos mojarse por sus jugos me abro los vaqueros y me entierro en ella con fuerza, haciéndola jadear.

—¿En serio querías perderte esto? —ronroneo sin moverme.

—Cállate y fóllame.

—No hasta que reconozcas que lo echabas de menos.

—¿Y qué más da? He decidido no repetir y no respetas mi decisión.

—Dime que me aparte y lo haré, Val. Pero si te callas voy a empezar a follarte como ambos estamos deseando.

Ella agacha la cabeza incapaz de detenerme y empiezo a moverme en su interior, primero en círculos, después con embestidas lentas y suaves. Ella gime y apoya la frente en mi hombro sujetándose con fuerza a mi cuello, brindándome su rendición. Apoyo las palmas de las manos sobre la puerta cerrada para empezar a moverme deprisa, clavándome en ella con fuerza, arrancando de su garganta gritos de placer. Siento sus paredes convulsionarse a mi alrededor cuando el orgasmo la recorre dejándola laxa entre mis brazos.

La beso en la frente mientras la rodeo fuerte con mis brazos. Me siento sobre la tapa del inodoro y le levanto la barbilla para besarla de nuevo, pero esta vez lo hago despacio, suave, con una ternura que no debería demostrar. Ella se sujeta a mis hombros y empieza a cabalgarme sin apartar sus ojos de los míos, jadeando cuando queda completamente sentada sobre mi polla y echando la cabeza hacia atrás cuando me hace salir por completo de ella.

Su dulce coñito es el puto paraíso, me acaricia con tanta precisión que

tengo que apretar los dientes para no correrme antes de tiempo, y sujeto uno de sus pechos entre los dedos para meterme un pezón rosado en la boca y morderlo con suavidad.

—¡Joder, sí! —gime ella apretando mi cabeza contra su carne— ¡Justo así!

Centro mi atención en lamer sus pezones, succionarlos y morderlos aumentando en ella el placer. Sus labios me succionan, me ordeñan, se convulsionan a mi alrededor y justo cuando creo que voy a perder la cabeza ella se corre lanzándome de cabeza al orgasmo.

Valentina permanece unos minutos sin moverse, abrazada a mi cuello y con la cabeza apoyada en mi hombro, y la aprieto con fuerza contra mi cuerpo con un suspiro. Cierro los ojos para saborear el momento porque posiblemente sea el último entre nosotros. No la he forzado a nada... pero sí la he presionado. Me siento como un canalla ahora mismo, y si cuando levante la cabeza veo que está llorando no seré capaz de volver a acercarme a ella en la vida.

El olor a manzana de su pelo llega hasta mi nariz e inspiro con fuerza. Aún estoy enterrado dentro de ella, y aunque mi polla está perdiendo su dureza no quiero que se aparte de mí. ¿Qué coño me está pasando? ¿Por qué esta mujer me afecta tanto? Valentina levanta la cabeza y me mira directamente a los ojos, dejándome ver una tristeza que me parte el corazón.

—Me voy en dos semanas a Seattle, Carlo —susurra—. Me han ofrecido un puesto como médico de los *Pilots* y no he podido rechazarlo.

—¿Por eso no querías repetir?

—No quiero arriesgarme a que lo que hay entre nosotros se vuelva más intenso para tener que marcharme a la otra punta del país.

—Es solo sexo, Val. Tú misma lo dijiste.

—¿De verdad te crees lo que estás diciendo?

No, no me lo creo. Entre nosotros hay una química demasiado intensa como para ignorarla, y ella lo sabe desde el primer momento en que nos

vimos.

—Sabes tan bien como yo que hay algo entre nosotros que no es solo sexo —continúa— y no podemos arriesgarnos a que llegue a más.

—Tienes razón, hay algo entre nosotros, pero podemos explorarlo durante este tiempo y ver hacia dónde nos lleva.

—No puedo permitirme ese lujo, Carlo. No puedo rechazar el trabajo por mucho que desee quedarme contigo.

—Nadie dice que lo rechaces, puedo irme yo contigo.

Ella niega y se vuelve para salir del cubículo. La dejo escapar por el momento, porque no hay nada que pueda decir o hacer ahora mismo para que cambie de opinión, y tengo que aclararme las ideas, porque se me acaba de pasar por la cabeza la locura más grande que se me haya ocurrido en la vida. ¿Realmente sería capaz de dejarlo todo por ella?

Capítulo 8

Cuando vuelvo a mi sitio en la barra, Eros me mira con una ceja arqueada.

—No digas nada —advierdo— y vámonos de aquí.

—La has cagado, ¿no?

—No lo sé.

Mi primo me mira pero se queda callado. Conduce hasta mi casa en silencio, y yo no dejo de pensar en lo que me ha dicho Valentina. Tengo que pensar en todo esto, tengo que saber lo que siento por ella antes de hacer nada.

—Me estás acojonando —dice Eros al llegar a mi casa.

—Se marcha a Seattle —respondo—. Se marcha a Seattle y no sé si quiero irme con ella.

—Uau... podría esperarme cualquier cosa menos eso.

—¿Cómo supiste que Robin era tu chica?

—Simplemente lo supe, tío. Al principio todo era sexo y diversión, pero un día la vi abrazada a su hermano y los celos casi acaban conmigo.

—No tengo ni puta idea de qué hacer.

—Aprovecha los días que le queden en Boston para pasar tiempo con ella y asegurarte de que te gusta lo suficiente como para plantearte dejarlo todo atrás. Arrepiéntete de lo que haces, no de lo que deberías haber hecho.

—¿Y si me lío la manta a la cabeza y resulta no ser la mujer de mi vida?

—Siempre puedes volver a casa.

Mi primo es un jodido genio y siempre tiene razón. En vez de subir a

casa me monto en mi coche y voy hasta la dirección que Valentina me dio hace unos días. El piso está en silencio, pero ella me abre un par de minutos después de llamar al timbre.

—¡Carlo! —exclama sorprendida— ¿Qué haces aquí?

En vez de contestarle cojo su cara entre mis manos y uno mis labios a los suyos. Creo que es la primera vez que la beso despacio, sin la urgencia que conlleva el deseo, y Valentina permanece quieta, con los brazos a los costados, pero me devuelve el beso con un suspiro. Me cuelo en su casa y cierro la puerta a mis espaldas con el pie antes de desabrochar uno a uno los botones de la camisa de su pijama de franela.

—No puedo permitir que te vayas sin saber si lo nuestro tiene futuro, Val —respondo.

—Esto es una locura —susurra.

—Tal vez, pero soy incapaz de dejarte marchar sin intentarlo.

Beso su cuello desde el punto sensible debajo de su oreja hasta la clavícula, y su piel se eriza con el roce de mis labios. Ella suspira y rodea mi cintura con los brazos rindiéndose a lo que sea que hay entre nosotros.

—Siempre lo hemos hecho con prisas —ronroneo— es hora de que nos lo tomemos con calma.

Valentina tira de mi mano por el pasillo hasta su dormitorio. Deslizo la camisa por los hombros dejando al descubierto un sujetador deportivo que presiona sus pechos. Acaricio sus pezones sobre la tela, endureciéndolos y me arrodillo entre sus piernas para bajarle los pantalones hasta los tobillos.

—Sal —ordeno.

Ella obedece y queda frente a mí en ropa interior. No lleva encajes ni sedas, pero ahora mismo me parece la mujer más sexy del planeta. La pego a mi cuerpo para volver a besarla, para saborear sus labios y su lengua caliente mientras ella se ocupa de desabrochar mi camisa. En cuanto posa sus manos sobre mi piel el calor inunda mi cuerpo, logrando que mi polla reaccione hinchándose.

—Eres deliciosa —susurro.

La tumbo sobre la cama y me coloco a medias sobre ella sin romper el beso. Sus piernas se enredan entre las mías y sus manos acarician mi estómago hasta encontrarse con la cintura de mis vaqueros, pero las aparto para no apresurar las cosas.

—Con calma, nena... tenemos toda la noche.

Aparto la tela de su sujetador y me meto su pequeño pezón en la boca para lamerlo suavemente. Ella suspira, arquea la espalda y sujeta mi cabeza con las manos mientras atormento la protuberancia con mis dientes y mi lengua. Siento humedecerse la tela de los pantalones donde Valentina ha pegado su sexo y bajo la mano por su estómago hasta colocarla sobre él para apretarlo.

—Me encanta tenerte tan mojada, nena —susurro.

—Por favor, Carlo...

No tiene que decirme qué quiere, lo sé perfectamente. Me arrodillo entre sus piernas y bajo sus braguitas lentamente. Las lanzo al otro lado de la habitación y abro sus piernas lo suficiente para poder encajar mis hombros entre ellas. Inspiro con fuerza su aroma e introduzco la lengua entre sus labios para beberme sus jugos, a lo que ella responde jadeando con los ojos cerrados. Recorro sus labios con la lengua, clavo la punta dentro de su canal y muerdo su clítoris buscando provocarla, buscando que se corra y me deje probar su sabor una vez más.

Mi polla pugna por escapar de mis pantalones, pero ahora mismo estoy dedicado a ella e introduzco un par de dedos en su estrecho canal para masajear su punto G mientras sigo lamiéndola. Sus gemidos se convierten en gritos, sus manos sujetan con fuerza la sábana y su espalda se arquea en cuanto empiezo a embestirla con los dedos. Estoy deseando enterrarme en ella, pero mantengo mi pequeña tortura hasta que siento los espasmos de sus paredes vaginales estrujarme recorridos por el orgasmo.

Me pongo de pie y me deshago de la ropa sin dejar de mirarla. Está tan

apetecible ahí, desmadejada sobre la cama... me arrodillo y gateo sobre ella hasta quedar acoplado entre sus piernas. Mi polla descansa entre sus labios húmedos, pero aún no quiero enterrarme en ella. Aparto el pelo de su mejilla y beso sus párpados cerrados, su mejilla, sus labios, que se abren dejando entrar a mi lengua a la vez que coloco mi polla en su entrada y la introduzco centímetro a centímetro.

Es la primera vez que lo hacemos así, frente a frente y en una cama, y empiezo a moverme despacio, saliendo y entrando en ella con toda la calma de la que soy capaz. Quiero saborear el momento todo lo que pueda, quiero memorizar sus gemidos, sus ojos vidriosos, sus labios hinchados. Siento la espalda perlarse de sudor, siento la tensión crecer en mi estómago y cuando Valentina enreda las piernas alrededor de mi cintura pego mi pecho al suyo para sentir cada centímetro de piel que tengo debajo.

Sus besos son adictivos, sus manos recorren mi espalda lanzando escalofríos de placer por todo mi cuerpo y su sexo me aprieta cada vez que me hundo en ella. Estoy a punto de explotar, necesito correrme, así que introduzco la mano entre nuestros cuerpos y acaricio su clítoris hasta que la siento convulsionarse a mi alrededor. Solo un par de investidas más y me reúno con ella, cayendo sin fuerzas a su lado en la cama.

Cuando logro recuperar el aliento la atraigo hacia mi pecho y nos cubro a ambos con la sábana. Cierro los ojos un segundo, pero al abrirlos me doy cuenta de que casi está amaneciendo.

—Me he quedado dormido —me disculpo—. Creo que debería irme.

—¿Por qué has venido, Carlo?

—Porque quería estar contigo y sabía que tú querías lo mismo.

—¿Nunca aceptas un no por respuesta?

—No cuando sé que la otra parte quiere lo mismo que yo.

—De acuerdo —susurra—. Tú ganas.

—No se trata de ganar o perder, Val. Se trata de hacer lo que deseamos.

—¿Y qué deseas tú?

—Pasar el máximo tiempo posible contigo, nena.

—¿Y si se nos va de las manos?

—Siempre podremos rectificar.

Epílogo

Reviso por última vez mi equipaje antes de meterlo en el maletero del coche de mi primo. Tengo dos semanas de vacaciones y estoy deseando pasarlas con Valentina, que hace seis meses que empezó su trabajo en Seattle.

Nos lo estamos tomando con calma. Después de pasar dos semanas increíbles decidimos ir poco a poco, así que nos hemos estado alternando para vernos un fin de semana al mes desde que ella se marchó. Y os aseguro que han sido los días más intensos y excitantes de mi vida.

Estos quince días serán nuestra prueba de fuego. Vamos a ver qué tal nos va viviendo juntos para decidirnos a tirarnos a la piscina, pero aunque ella no lo sabe ya tengo esperándome un puesto de trabajo en un edificio de oficinas de Seattle. Tener una familia numerosa tiene sus ventajas, y esta es una de ellas.

En cuanto el avión aterriza busco a Val con la mirada, y la encuentro al final del pasillo con una enorme sonrisa. Suelto la maleta en el suelo y la levanto en brazos para besarla. La he echado tanto de menos que soy incapaz de soltarla.

—Suéltame, campeón, que nos están mirando —ríe ella.

—Que miren... eso es porque me tienen envidia. —Vuelvo a besarla—. Te he echado de menos, nena.

—No más que yo a ti. ¿Estás listo para ser mi esclavo sexual durante quince días enteros?

—Cariño... lo sería la vida entera.

Valentina me abraza sonriendo y nos dirigimos a recoger el resto de mi equipaje. Tal vez esto sea una auténtica locura, tal vez en un par de meses todo se rompa y deba volver a Boston, pero si algo he aprendido de todo esto es que lo mejor que puedes hacer cuando aparece tu “Valentina” particular es dejarte llevar, porque tal vez sea la mujer de tu vida y no deberías dejarla escapar.